

¿PUEDE MENTIR LA TV?

Ignacio Ibáñez

El solo planteamiento de esta pregunta parecerá a más de uno una injuria lanzada a su objetividad de informador. Más aún, la televisión, dicen, no puede engañar, ya que no hace sino presentarnos la misma realidad en imágenes. En este sentido se expresaba Jean d'Arcy:

"Cuando los cambios de imágenes se realicen por todas partes de continente a continente, será imposible trincar la verdad."

Graves reservas se han hecho a esta mentalidad, como lo hace, por ejemplo, Bromberger:

"Le televisión podría ser considerada como el instrumento ideal para mentir. Su aire de sinceridad, todos los objetos que ella toca, mesas, sillas, rostros en primer plano, piezas de convicción que presenta delante del público familiar, pueden llegar a ser perfectos accesorios de una propaganda, de una mentira."

Recientes hechos nos confirman esta asección. Entre otros, las fuertes acusaciones lanzadas en los Estados Unidos por el mismo vicepresidente en contra de las informaciones malévolamente tergiversadas en la TV. Pero, sin llegar a pensar en la mala fe, basta con una simple desorientación para descolorear la misma realidad.

No hace mucho, se transmitió por Eurovisión la ceremonia de dos matrimonios reales. En una transmisión dominaban las imágenes un tanto superficiales de lo que al hecho rodeaba: luces, vestidos, suntuosas joyas, etc., etc. En la otra sobresalían los primeros planos de los asistentes, y de los contrayentes en particular, con detalles íntimos como la lágrima furtiva de la novia o el pequeño apretón de manos. Creaba esta transmisión una atmósfera de cálido amor, en contraposición a los fríos elementos utilizados por la otra. Un mismo hecho con dos distintas interpretaciones del mismo. Sin llegarse a falsear por completo la verdad, aparecía claramente desvirtualizada.

LA MAGIA DE LA TECNICA

En pocas ocasiones como en ésta de la transmisión televisiva habrán estado tan hermanadas la técnica con el arte. Una técnica asombrosa que va desde el simple barrido de 7 millones de puntos en un segundo hasta la utilización a miles de kilómetros de perfectos objetivos de la cámara.

Con todo, lo que parece mágico y fantasmagórico para el neófito está perfectamente delineado y enmarcado por el técnico electrónico.

El electrón es apenas un ayudante

suyo que hace matemáticamente lo que él ordena para aportarnos las apariencias —ya que no la realidad— de la imagen.

Dado este hecho, parecería justo concebir que nos encontramos ante una empresa de información puramente objetiva, matemáticamente "fabricada" por los técnicos. Aun admitiendo esta presencia técnica, debemos confesar que sobre ella domina la otra: la del hombre libre; la del periodista —en último término responsable de la información televisiva. Es ésta una obra de la libertad humana.

EN EL CENTRO, EL PERIODISTA

Esta libertad del hombre periodista se inicia en el mismo momento de planificar el trabajo informativo del programa de noticias, así con la selección entre todo el material llegado a su mesa de redacción como con la elaboración del propio material.

Y surge aquí un primer interrogante grave sobre nuestra información televisiva en bloque:

Supongamos la realización de un acontecimiento importante. Los reporteros de la prensa escrita rasgan nerviosos su papel, tomando las notas necesarias. Se encienden los reflectores y surgen las caras de circunstancias entre los protagonistas. La televisión está presente. Deberíamos imaginarnos los nuevos periodistas no con la pluma, sino con la cámara; pero no es así. En la mayoría de los casos es el simple técnico camarógrafo que hoy filma este acto como mañana filmará un partido de fútbol, y tal vez pronto filme una cuña comercial. No es, en una palabra, un periodista; ni está con él algún periodista que le oriente y guíe. El contraste salta a la vista. A todos parecería ridículo el que el redactor de la página diaria del periódico tuviera ante sí las notas redactadas exclusivamente por un literato. Saldría una excelente pieza literaria, nunca una página periodística. Y esto es lo que el periodista televisivo tendrá delante de sí en el momento de ultimar la noticia televisiva.

Falta su presencia en el momento crucial. Presencia definitiva para saber escribir televisivamente la noticia. A través de una composición adecuada, en un encuadre ajustado, bajo un cierto ángulo de vista y dentro de los límites de un determinado plano, es como las apariencias fílmicas podrán transmitirnos una información.

Sólo a condición de que estas imágenes estén tomadas con un sentido auténticamente periodístico, reflejarán la verdad profunda que se esconde detrás de las apariencias.

LA AUTENTICA BUSQUEDA DE LA VERDAD

Y hay algo más. Con harta frecuencia nuestra información televisiva nos presenta el hecho de actualidad de una forma escueta, fría. Hay que ser objetivo, se arguye. Cierto, es magnífica la objetividad. Pero en aras de esa misma objetividad se nos exige que sigamos estudiando las imágenes que esconden la misma verdad. El periodista, sobre todo en la televisión, jamás deja de interrogarse y de interrogar a los hechos que contempla delante de sí. Una pregunta acuciante activa, a veces violenta, siempre creadora. Ante la apreciación de los superficiales aparecerán malévolas e insidiosas sus preguntas, pero no serán sino una auténtica búsqueda de la verdad. La única forma de no permitir que "esos objetos que toca, mesas, sillas, rostros", de que hablaba Bromberger, sean perfectos accesorios de una propaganda, de una mentira, será precisamente bucear en las profundidades recónditas de las cosas.

FIDELIDAD Y RESPETO A LA VERDAD

Junto a esta exigencia para el periodista destaca otra de suma actualidad e importancia: la de ser fiel a la verdad y respetar esa misma verdad.

Es muy fácil —cuando aun en la información interfiere la competencia— el dejarse arrastrar por la corriente de lo espectacular.

Se lanzan graves acusaciones contra la información radiofónica por irrespetar con el grito, la ironía y el sarcasmo lo sagrado de la noticia. La información televisiva ha permanecido hasta el momento ajena a esta acusación, pero hay indicios de querer iniciarse por este camino, y una vez en la pendiente es difícil contener su caída.

Si grave es no tratar de buscar más allá de las apariencias la verdad auténtica, más, mucho más, es dejarse arrastrar por la corriente del irrespeto y la chabacanería.

Amplias son las perspectivas que nos ofrece la información televisiva para una unión más amplia de pueblos y hombres; pero todo ello, a condición de que sea perfecta la utilización de ese lenguaje televisivo por el hombre que busca, ante todo, la verdad, no una verdad parcializada, sino completa: la única verdad "verdadera".